

# Juan Gualberto

## sus dos batallas

**Salvador Romani**

Periodista



**L**a ansiedad y lucha tenaz por la reivindicación social del negro cubano —protagonista estelar del desarrollo económico de la Isla ya desde la colonia— y su presencia directriz, y además y significativa, en las dos principales guerras de independencia, la de 1868 y 1895, en aras de ganarse sus plenos derechos ciudadanos que invariablemente les eran negados y así

poderse enfrentar a la discriminación odiosa y a los groseros prejuicios raciales de que eran víctimas, encontró finalmente a fines del siglo XIX en el tribuno y patriota Juan Gualberto Gómez y Ferrer (1854 – 1933) su mejor intérprete y defensor a ultranza.

Sin el prestigio y talento de este matancero ilustre, la batalla para darle al negro cubano la ubicación social a la que siempre tuvo derecho, seguramente, hubiera continuado en pañales hasta mucho después de nacida la República.

Nadie puede negar que las dos más importantes batallas organizativas a favor del negro ya a finales del siglo XIX y primeros años del XX tuvieron en Juan Gualberto Gómez; con su fiereza dialéctica y un sólido piso doctrinario entremezclados ambos con una conducta recta e invariable, a su mejor líder en la defensa a ultranza de todos los derechos civiles y políticos que asistían al negro cubano. De ahí el vigor y raíces profundas con que nacieron el Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color y el Comité de Veteranos y de Sociedades de la Raza de Color.

Seguramente, lo que más puede enaltecer la figura de Juan Gualberto Gómez fue, precisamente, su lucha sin tregua en dos direcciones: lograr el reconocimiento para el negro cubano de sus más elementales derechos civiles y la independencia de Cuba.

No fue fácil para él su tarea en el Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color, cuya finalidad primaria era reagrupar bajo un mando único a los hombres y mujeres de su raza dispersos en un sinnúmero de pequeñas y aisladas instituciones de recreo, para enlazarlos en la cruzada por la independencia cubana y, de paso, substraerlos y alejarlos de otros movimientos que defendían una posición contraria, el autonomismo, con lo que obviamente no se cortaba radicalmente los vínculos con la metrópoli española.

Así de noble y portentosa fue la vida y obra de Juan Gualberto: batallar contra el racismo organizando al negro para ganarse su espacio en la sociedad y contribuir muy estrechamente, junto a José Martí, su hermano blanco, a prender la chispa revolucionaria que a partir del 24 de febrero de 1895 se convirtió en un gigantesco fuego patriótico a lo largo y ancho de la Isla.

Pero volvamos a sus orígenes. Juan Gualberto está dentro de la historia de la patria como una figura fímera. El municipio de Sabanilla del Encomendador, en la provincia de Matanzas, tuvo el honor de tenerlo entre sus mejores hijos. Posteriormente, en su honor, este municipio fue rebautizado con su nombre.

Nació en la finca Villocino, en Sabanilla, el 12 de julio de 1854, de padres esclavos que compraron su 'libertad de vientre' de su madre y así pudo nacer libre. Juan Gualberto en su niñez asistió al colegio Nuestra Señora de los Desamparados, en La Habana, y posteriormente fue a estudiar a París el oficio de carpintero de ribera en el año 1879.

Joven inquieto, comenzó a trabajar como periodista en París, donde conoció a dos patriotas cubanos: Francisco Vicente Aguilera y Manuel de Quesada. De esa amis-

tad nació su amor a la causa por la libertad de Cuba.

Juan Gualberto escribió para los periódicos El Progreso, El Abolicionista, El País, La Tribuna y El Pueblo, entre otros muchos. Su pluma valiente lo comprometía. En un artículo llamado 'Nuestro Propósito', terminó con una frase que disgustó a las autoridades españolas: "Por la patria, por la libertad y por la democracia" y con un valor a toda prueba, el "hermano negro" de Martí publicó un artículo que tituló "Por qué somos separatista" señalando con un arrojo que honra a todos los cubanos: "la hora de la separación ha sonado" y terminó añadiendo: "démonos un cordial abrazo de despedida y que la fuerza nos proteja a ambos..." Al apuntar a "ambos" se refería a Cuba y a España. Las autoridades españolas, con esa brutalidad que los caracterizó, lo condenó a tres años de prisión y cumplió 240 días en la prisión de Ceuta, en el norte africano.

En Madrid, su pluma ágil y bravía se vuelve un estilete en el mismo corazón de España. Cuando las condiciones para un levantamiento se acercan, regresó a Cuba y el Apóstol Martí le dio la encomienda de ordenar el levantamiento el 24 de febrero de 1895.

Destierro y prisión fueron sinónimo en las vidas de Gómez y Martí. Juan Gualberto a Ceuta, la colonia africana de España, y el apóstol a Madrid.

Tal como vivió, murió pobre Juan Gualberto, pero riquísimo en virtudes ciudadanas el 5 de marzo de 1933.